

Lo único que importa

La vista siempre era oscura desde palacio. Solo se podían distinguir los pinos del bosque que rodeaban la estancia, bosque que llenaba la considerable distancia con el pueblo. No importaba si el sol navegaba en el mar azul o si las estrellas, en ocasiones acompañadas de la luna, ocupaban su lugar, el bosque siempre estaba rodeado de oscuridad.

Lynn miraba por la ventana de su lujoso cuarto situado en una de las torres más altas. Las vistas eran preciosas, cualquiera hubiese deseado estar en el lugar de Lynn para poder observarlas, pero para el joven príncipe, aquellas vistas solo eran un recordatorio de un maravilloso mundo que él tenía prohibido visitar. No importaba si en un futuro estaba destinado a gobernar aquellas tierras, simplemente su madre le había prohibido visitarlas.

Desde que su padre murió a manos del enemigo en la guerra, su madre se hallaba en una depresión que le nublabla la mente. Firmó la tregua con el reino vecino, pero al no tratarse, se distanciaron y perdieron a un gran aliado. El pueblo enfureció por ello, pero la reina ni se inmutó. También cerró las puertas del castillo y negó la visita de cualquier duque que quisiese presentar a sus hijas para pedir la mano de su hijo y la de los aldeanos que quisiesen su ayuda. Desde aquello, ella lloraba todas las noches la muerte de su esposo y solo pensaba que cualquiera quería matar a su hijo, porque, según ella decía, dios quería arrebatárselo todo. Ella se aferraba a su hijo como un apreciado objeto del que no quería separarse. Lo guardaba como ese par de zapatos que amas, pero que como no quieres que se rompan, los guardas y nunca los usas. Al final te dejan de valer, y el joven príncipe, temía que el tiempo en que él dejara de servir llegara.

Lynn era consciente de que su madre había perdido la cabeza. Tanto consejeros como criados habían intentado hacerla entrar en razón, pero ella simplemente entraba en colera y les acusaba de traición. El mismo príncipe tuvo que evitar que la reina matara a alguno por presunto "intento de asesinato". Muchos sirvientes le pedían a Lynn que diese un golpe de estado y que le quitara el trono a su madre, pero Lynn temía las consecuencias de tal acto. Su madre siempre le decía que lo amaba, que él lo era todo para ella y que, si alguna vez le ocurría algo, seguramente moriría de pena. Esto había creado un miedo profundo en Lynn. Temía cómo reaccionaría su madre si la destronaba. Igual se quitaría la vida, ahí mismo, después de perder el trono, y haría que el joven príncipe se sintiese culpable por ello, o puede que muriese de tristeza como ella misma dictaba a menudo. Pero encerrado en aquella torre casi todo el día, Lynn poco podía hacer. Solo salía para las tres comidas del día, en las que veía a su madre, pero luego era mandado a su torre de inmediato. "Por su propia seguridad" decía ella, pero Lynn se preguntaba hasta qué punto era eso sano.

Suspiró alejándose de la ventana. Se sentó en un pequeño taburete delante de su tocador. Miró su largo cabello rojizo encrespándose en la parte alta de su cabeza. Tanía las puntas abiertas cada vez más descuidadas. Le había pedido a su madre permiso para cortarse el cabello en varias ocasiones, sabiendo que si aparecía con el corto ella se enfadaría, pero su madre siempre enfurecía y le gritaba que eso no era posible. Al parecer quería mantener aquellos zapatos tal y como estaban, no se daba cuenta del polvo que se cernía sobre ellos. Los ojos verdes de Lynn cada día estaban más apagados y unos cercos cada día más oscuros los rodeaban. El joven príncipe apartó la mirada del espejo, ver su rostro solo le hacía sentirse más triste. Además, su piel estaba cada día más pálida y empezaba a coger un tono enfermizo. Se levantó de la banqueta con cierta molestia, aunque no llegó muy lejos antes de marearse y caer. Últimamente se sentía muy débil. A menudo, se encontraba caminando, y de un momento a otro, un pitido empezaba a sonar en sus oídos, se oían unas voces, luego se

mareaba, y si no conseguía agarrarse, caía. La mayor parte de veces las voces eran sollozos o una conversación, aunque no solía entender lo que decían.

Mientras intentaba levantarse del suelo, su despertador sonó. Se levantó a la velocidad del rayo y lo detuvo. Las doce en punto. Según los criados, la hora en la que su madre se iba a dormir y la hora en la que podía ser libre. Antes aprovechaba estas horas para robar comida a media noche, pero ahora las utilizaba para visitar a aquella persona que lo mantenía cuerdo: Jeannine. Desde que la conoció, ella se convirtió en la persona más importante para él. Cuando se hicieron amigos, consiguió a alguien que escuchaba sus problemas y que lo comprendía. Alguien que le enseñó cosas nuevas y más simples, desde cortar leña hasta cocinar. Gracias a Jeannine se sentía más útil y Jeannine, como ella misma le había dicho, había conseguido alguien con quien hablar que no fuese su familia. Había conseguido a un amigo. Aunque Lynn podía notar que Jeannine quería que fuesen algo más que amigos, el príncipe quería esperar a que su madre le cediera el trono primero para que todo fuese más formal y legal. Como su madre dijo en otras ocasiones, cuando él cumpliera dieciocho le coronaría rey. Quedaban solo un par de días para ello, aunque no sabía si podía confiar en esa promesa.

Jeannine vivía con su padre y su hermano en una pequeña casa en el bosque, a medio camino entre el pueblo y el castillo y ahí era donde ella y Lynn se reunían. Se conocieron por casualidad. Jeannine había perdido algo cerca de la valla metálica del castillo. Lynn se la encontró buscando mientras tomaba algo de aire a media noche y le ofreció su ayuda. Ella lo aceptó enseguida y ambos se pusieron a buscar lo que había perdido, que resultaba ser el hacha que usaba para cortar leña. Después de eso, Jeannine se acercaba a la valla para poder hablar con el joven príncipe y él empezó a disfrutar la compañía de la chica. Mientras los días pasaban, el miedo de que su madre descubriera a la joven surgió, así que le propuso que quedaran en otro lugar y que él se encargaría de llegar. Así que, para poder verse, Lynn subía a la parte más alta de la torre, saltaba a la parte alta de la valla metálica y caía al suelo para ir hacia casa de su amiga, y así mismo haría esa noche.

Vestido con ropa humilde, Lynn recorrió el bosque hasta llegar a la casa de Jeannine. Ella ya estaba afuera, cruzada de brazos buscando a Lynn con sus ojos marrones. Su pelo verde y corto ondeaba por la suave brisa y a Lynn le parecía que su piel estaba más pálida respecto al día anterior, algo extraño teniendo en cuenta que se pasaba el día trabajando en el campo. Cuando vio a Lynn, el estado de ánimo de Jeannine cambió a uno más feliz y menos preocupado. ¿En que estaría pensando?

-Pensé que no vendrías- dijo Jeannine con una sonrisa.

-Claro, porque tengo tantas cosas interesantes que hacer en el castillo, igual releer el libro que he leído como veinte veces- respondió con sarcasmo. Ambos rieron ante la broma- Bueno, ¿tienes algo que hacer?- preguntó Lynn con su habitual entusiasmo- ¿cómo pescar, buscar frutos, cocinar?

-Mmm... En realidad, solo tengo que cortar leña.

-Pero, ¿no cortamos suficiente ayer?- dijo señalando el gran montón de leña que había junto al granero- Además, estamos en pleno verano.

-Lo coges o lo dejas, joven príncipe- dijo con un tono bromista.

Lynn cerró los ojos con una sonrisa y fue por el hacha.

-A propósito, estas pálida. ¿Todo bien?

-Si, solo estoy algo mareada- contestó su amiga restándole importancia con un gesto.

Jeannine vio sentada en un banco improvisado cómo Lynn daba todo de sí para cortar la leña. Le había costado mucho aprender, al principio, casi se corta un pie en diferentes ocasiones, pero, después de mucha práctica, consiguió hacerlo. Ambos mentirían si no dijeran que necesitaron varios meses. Lynn continuó cortando leña hasta que se volvió a mirar a Jeannine y notó su tristeza. Estaba pensativa con las cejas arqueadas en una mueca de dolor.

-¿Qué te ocurre?- preguntó Lynn haciendo que su amiga levantara la cabeza en tiempo récord- Estas muy pensativa, normalmente hablas mucho.

Jeannine fue a contestar, pero se lo planteó dos veces. Era como si no quisiese sacar el tema.

-... Tu cumpleaños es en dos días, ¿me equivoco?- dijo fingiendo una sonrisa. Lynn asintió, así que Jeannine siguió hablando- ¿Crees que tu madre te dará el trono?

-Bueno, eso espero- respondió el joven príncipe con cierta inseguridad.

-Y entonces... ¿Lo nuestro se hará oficial?

Lynn se quedó en silencio, silencio que incomodó a su amiga.

-Quiero decir, sé que no quieres meterme en problemas con tu madre, por si se vuelve loca y eso, pero también noto que yo te gusto, así que si es mutuo...

-Si me hago rey intentaré que acepte tu presencia, si no, la enviaré a donde no pueda herirte, por eso quería esperar- Lynn se volvió hacia donde cortaba la leña y puso otro trozo- Si mi madre no me da el trono como prometió, daré un golpe de estado para quitárselo. Ya no es sólo porque me tenga encerrado en esa torre, sino porque deja a nuestro reino sin recursos, sin ayuda y porque quiero estar contigo. Ya es hora de que mi madre deje de controlar mi vida.

El joven príncipe cortó el pedazo de leña y luego dejó el hacha a un lado. Estar con Jeannine le hacía olvidar sus preocupaciones y le ayudaba a ver su vida de una manera más racional. Sabía que el golpe de estado haría daño a su madre, la simple presencia de Jeannine ya haría daño a su madre, pero la reina tenía que dejar de controlar su vida, y para eso, debía quitarle el trono. Lynn alzó la mirada para encontrarse con la de su amiga. Ambos estaban igual de rojos e incómodos, pero felices. Empezaron a andar el uno hacia el otro dispuestos a abrazarse y compartir un beso apasionado, uno que siempre quisieron compartir.

Pero a mitad de camino, Lynn sintió que su mundo se desvanecía. Se detuvo en seco preocupando a Jeannine que corrió hacia él cuando vio que se tambaleaba. Cayó al suelo mientras Jeannine lo abrazaba. La cara de su amiga era cada vez más borrosa y distante. Las voces se hicieron cada vez más presentes en su cabeza. Sollozos, la voz de una mujer y de un hombre. Decían algo de... desconectar, ¿desconectar el que? La cabeza de Lynn ardía y su mente no entendía lo que ocurría. Vio a Jeannine llamando a alguien, pero no podía oír lo que decía. En sus últimos momentos de lucidez, vislumbró la mano de su amada, así que la estrechó, y con una sonrisa, se desmayó.

-Señora no podemos seguir así, hay más gente que necesita esta sala, lo menos que podemos hacer es proporcionársela.

-¡No! Mi hijo apenas lleva aquí unos meses, ¡no dejaré que lo desconecten!

-Mama... ¿qué estás diciendo?- preguntó Lynn al ver a su madre tan alterada.

Tanto su madre como el doctor se giraron a mirar a Lynn que los miraba algo dormido. Su madre corrió a abrazarlo entre sollozos mientras el joven no entendía lo que ocurría. De repente, como si de una película se tratase, todos los recuerdos de su vida regresaron a su mente. Él no era príncipe ni nada parecido, en realidad, estaba bastante lejos de serlo. Él siempre había sido el único hijo de una familia de bajos recursos. Su padre murió en la guerra por que era soldado. Desde entonces, su madre se volvió distante con la gente a su alrededor y vivía solo por cuidar a Lynn. Le impedía hacer muchas cosas y afirmaba que era por su seguridad. Nunca le dejó ir a fiestas de cumpleaños, así que acabó por perder a todos sus amigos en la infancia. Le costó mucho conocer a gente nueva y mucho más tener novia. Su madre le prohibía tener una. Siempre que traía a alguien las alejaba o le obligaba a cortar con ellas. Le decía que lo único que traía el amor era dolor. Pero el verdadero Lynn no era como el joven príncipe que se quedó obediente en la torre, el verdadero Lynn, se escapaba a media noche para ir a fiestas con sus amigos. Pasaba la noche bebiendo o con alguna chica y por la mañana iba a la universidad. Además, Lynn no tenía 17 años, tenía 21, pero sentía que la libertad que le proporcionaban los 18 nunca había llegado. Incluso, en un acto de rebeldía, cambió el color de su cabello almendra a uno rojizo y se lo dejó más largo. Su madre decía que parecía un maleante con el cabello tan largo y con las puntas tan destrozadas, pero a Lynn le gustaba cabrear a su madre de esa forma.

Cuando su madre se calmó y se separaron, el médico le explicó qué había pasado. La noche en la que todo ocurrió, había salido a beber con unos amigos y alguna chica. Empezó a hacerse tarde, y pensaron que si no iban en coche Lynn no llegaría a tiempo a su casa, así que “el que menos había bebido” cogió el coche, a todos les pareció lógico. Iban conduciendo por la autopista desierta, dando tumbos. Tan desierta estaba la autopista, que no se percataron de que había otro coche que se dirigía hacia ellos, que conducía con prisa, así que colisionaron. Lynn y uno de los que estaba en el otro coche, fueron los que más heridos acabaron, el conductor del segundo coche, llamó a la ambulancia y se llevaron a ambos. La policía llegó interrogando a los dos amigos que lo contaron todo sin bacilar. Les cayó una buena multa, multa que la madre de Lynn también pagó, y por poco la cárcel. Desde entonces, Lynn había estado en coma. A veces había murmurado cosas, pero siempre inentendibles. Entonces Lynn cayó en la cuenta de que ese mundo lo había creado su subconsciente, Jeannine no era real. Pero había algo real que le había enseñado, su madre tenía que dejar de controlarlo y él debía dejar de comportarse como un imbécil.

-Mama, yo... Siento haber hecho lo que hice- se disculpó Lynn cuando el medico terminó- Pero lo hice porque me sentía encerrado, siempre me has “protegido” demasiado, haciendo que buscara mis maneras de divertirme. Porque, mamá, soy joven e inmaduro y tengo que aprender a medir, admito que soy el único culpable de lo que ocurrió aquella noche, pero tú deberías empezar a aceptar que no soy un niño. Ya no soy ese niño que lloró durante años la muerte de papá, lo he superado, y creo que es hora de que tú también lo hagas- Lynn agarró las manos de su madre, confundida por todo lo que estaba pasando. No parecía muy convencida, pero el pelirrojo sabía cómo convencerla- Creo que la razón por la que Dios ha hecho que me despierte, ha sido para que arreglemos nuestras vidas, para que yo madure y para que tú te recuperes de lo de papá.

Su madre lo miraba entristecida. Se aferraba a las manos de su hijo con fuerza. Sabía que era el momento de dejar volar al pájaro. No era fácil, pero sabía que el pájaro volvería cuando ella lo necesitara y que no volvería a irse lejos.

-Tienes razón hijo, ya va siendo hora de que los dos nos comportemos como deberíamos.

Los dos se abrazaron sellando el momento y dejando desconcertado al médico. En los siguientes días, Lynn estuvo en observación en el hospital. Su madre lo visitaba por las tardes durante una hora, aunque luego volvía a trabajar. La relación de ambos mejoró mucho y Lynn notó, que, aunque seguía en el hospital, su madre le daba más espacio. Pero el joven no se encontraba feliz. Echaba de menos a Jeannine. No entendía cómo su mente había creado a una chica tan perfecta. Nunca había conocido a alguien tan amable y tan considerada, y sabía que nunca volvería a hacerlo, porque Jeannine no era real y no había nada que pudiese hacer al respecto. Lynn anduvo con torpeza hacia la máquina expendedora del hospital. Miró lo que había y distinguió un café frío que le encantaba. Solo quedaba uno, así que se apresuró a meter las pocas monedas que le quedaban, pero chocó con las monedas de alguien más.

Lynn alzó la mirada desconcertado. Una chica de más o menos su edad, con la bata de hospital, también iba a utilizar la máquina. Esta tenía el pelo castaño color avellana ondulado, piel pálida con alguna que otra peca y ojos marrones penetrantes. Le recordaron a Jeannine por un momento, pero eso era imposible. De repente, se fijó en que tenía una pierna rota y se sintió mal al instante por no dejarle espacio.

-Lo siento, no te había visto- dijo rápidamente- Coge lo que quieras primero, no me importa... esperar- Lynn notó que la chica no le quitaba el ojo de encima. Lo estaba analizando de arriba abajo sin ninguna vergüenza y eso le hacía sentir incómodo. Ante la incomodidad, decidió inventar una excusa y volver más tarde- Bueno, yo...

-¿Lynn? ¿Eres realmente tú?- preguntó la chica con la voz algo temblorosa. Lynn la miró desconcertado.

-Mi nombre es Lynn, pero no sé si el que estás buscando, je- contestó, aunque rápidamente se sintió un tonto por reírse.

-¡Jeannine! ¿Hermana dónde estás? No se tarda tanto en coger un café- dijo una voz masculina que se acercaba más a cada paso.

Para cuando el hermano de la chica llegó, ella lloraba en brazos de Lynn y la situación se volvió fácilmente mal interpretable. Ante la situación, la muchacha, que parecía llamarse Jeannine, explicó qué estaba ocurriendo. Ella era la que había estado en el otro coche el día del accidente y el que llamó fue su padre. Estaban discutiendo justo antes de colisionar, por eso no fueron conscientes de que venía otro coche de frente. Como Lynn, Jeannine había estado en coma, justo en la habitación de al lado y había despertado casi al mismo tiempo que el chico, así que Lynn dedujo, que después de que el príncipe se desmayara, ella también lo hizo. En el coma, había estado soñando con ese mundo imaginario en el que Lynn era príncipe y lo narró todo con tal detalle que al joven veinteañero no le surgió duda alguna de que era ella. Ella era la Jeannine tan amable que había conocido. Entonces era real. No la había creado su subconsciente. Ante la situación, Lynn estalló en lágrimas y Jeannine, que también lloraba, lo consoló.

Los días pasaron y Jeannine y Lynn se hicieron aún más cercanos. Durante la recuperación quedaban en la máquina expendedora para hablar. Nada más salir del hospital, empezaron a salir. Lynn dejó de beber tanto y su madre empezó a ir a un psicólogo para recuperarse poco a poco. Le costó un poco aceptar a Jeannine, pero acabó por hacerlo y descubrió que la chica era la persona más amable del planeta.

Al final, Lynn no era ningún príncipe ni Jeannine una aldeana con una vida modesta, pero Lynn sí logró ser rey de su propia vida y Jeannine consiguió a la persona que tanto tiempo había estado esperando. Puede que no se hubiesen conocido de la manera más romántica, pero ambos se amaban y eso era lo único que importaba.